

6/12/20, 1979

La "Carnada" literaria

■ Durante mucho tiempo se dijo que el periodismo "se hacía" y no se aprendía. Y ahí están las Escuelas de Periodismo en todas las universidades del mundo. Más antigua aún, es la convicción de que el escritor es fruto del talento innato y no del aprendizaje metódico y, sin embargo, en todas partes florecen los talleres de escritores destinados a ayudar a los bisoños con vocación literaria.

La verdad hay que encontrarla, como en tantas otras cosas, en su justo medio. Ninguna universidad o taller convertirá en periodista o escritor a quien no tiene dedos para el piano, pero a quienes tienen talento y vocación para estas disciplinas, el conocimiento y dominio de ciertas técnicas, ayudan a desarrollar el talento y la vocación.

Una de las dificultades con la que tropiezan por igual, el periodista y el escritor aprendiz, es motivar al lector. Encontrar las frases iniciales en una crónica o en un cuento que llamen la atención y que inciten a continuar la lectura. El asunto no es nada fácil. En medio de la enorme cantidad de lectura que trae un diario o revista o la que se ofrece en libros, el lector hace su selección a ojo de buen varón. Si hay algo que lo atrae al principio, continúa la lectura, en caso contrario, pasa a otra cosa. Nada obtiene el bisoño redactor alegando que "lo bueno viene después". A diferencia de lo que le sucede en la Escuela de Periodismo o en los Talleres Literarios, el lector no está obligado —como lo está el profesor— a leer de pe a pa su crónica o su cuento.

¿Cómo hacerlo? ¡Ahí está el detalle! No existe una fórmula universal, por más que se haya tratado de idear varias. Lo único que se puede decir con seguridad es que se trata de lanzar un anzuelo al lector para que éste pique y, después, todo será cosa de saber recoger y aflojar la lienza. Pero la carnada en el anzuelo debe ser provocadora y succulenta.

Recientemente he leído una selección de cuentos del mejor cuentista norte-

americano contemporáneo, John Cheevers. Son 61 cuentos y cada uno de ellos se inicia con un comienzo que intriga y acelera la lectura del resto. ¡Qué buena carnada literaria! No resisto la tentación de transcribir algunas de ellas:

■ "Uno no podría decir honradamente que Ralph y Laura Whitemore tuviesen los defectos y las características de incorregibles buscadores de tesoros, pero sí se podría decir acertadamente de ellos que el brillo y el olor, la peculiar fuerza del dinero y la promesa de él tenían una definitiva influencia en sus vidas". ("La Olla de Oro").

■ "Me cargan los hombres chicos y no escribiré más acerca de ellos, salvo para decir lo que mi hermano Ricardo es: chico. Tiene manos chicas, pies chicos, hijos chicos, mujer chica y cuando él viene a nuestra casa a alguna de nuestras fiestas, se sienta en una silla chica". ("El chico").

■ "La Primera vez que robé en Tiffany, estaba lloviendo". (Montraldo).

■ "En el verano, cuando la familia Nudd se juntaba en Whitebeach Camp, siempre había una noche en que uno de ellos preguntaba a los demás: "¿Se acuerdan del día que el chanchó se cayó en el pozo?". ("El día que el chanchó cayó en el pozo").

¿No es cierto que después de leídas estas frases iniciales, uno siente curiosidad e interés por saber algo más de Ralph y Laura Whitemore, del hermano chico del cuentista, de quién es este señor que se dedica a robar en Tiffany y de lo que sucedió el día en que el chanchó cayó en el pozo.

Es lo que me sucedió a mí, al menos, que estuve varias noches en vela hasta que me terminé los sesenta y un cuentos de John Cheevers, urgido por la carnada de su anzuelo literario que me hizo picar todas las veces.

Eso es talento de escritor y, también, técnica de escritor.

Y lo mismo vale para el periodista.